

DE ALGUNAS HEREJÍAS CIENTÍFICAS

DEL SIGLO XIX

NO ES NUEVA NINGUNA DE LAS HEREJÍAS CIENTÍFICAS

AHORA EN VOGA: EL MISMO DARWINISMO Y LA FILOSOFÍA MONÍSTICA

DE HAECKEL SON DOCTRINAS RANCIAS



IENTRAS el catolicismo se ve tan fuertemente combatido en su constitucion externa, en el orden intelectual sus mismos dogmas fundamentales son objeto de no ménos furiosas agresiones, dirigidas contra él á nombre de la filosofía y de la ciencia.

La tormenta de las herejías científicas se halla ahora en su apogeo: panteísmo, racionalismo, materialismo, escepticismo, falsa crítica histórica, evolucionismo, todos los sistemas filosóficos, en fin, y todas las exaltaciones de escuela que han germinado en la razon humana, desde que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, estallan en estos momentos frenéticas contra el dogma cristiano.

De intento nos servimos aquí de estas palabras: *dogma cristiano*; porque contra toda suerte de ideas religiosas en general se desata esta tormenta; aunque tambien es cierto que, si bien todas debieran sentirse amenazadas por el comun peligro, el catolicismo sólo parece tener en nuestros dias el singular privilegio de concentrar contra sí todas las iras, y ser punto convergente de todos los asaltos de la impiedad. ¿Por qué causa todas esas sectas, que llevan como nosotros el nombre cristiano, y se fundan en nuestra propia revelacion, y aceptan la mayor parte de nuestros dogmas, no son objeto de las impugnaciones del anticristianismo moderno, y se sienten como extrañas á la lucha? Lo adivina el lector. Consideramos indudable que, sin las especiales iras contra el catolicismo,

no fuera hoy cuestion ninguna de impugnar los dogmas y rechazar toda religion.

Contra el dogma cristiano, pues, y, hablando con más propiedad, contra el dogma católico, se ha exaltado la impiedad doctrinaria. Á nombre de la filosofía se niega á estos dogmas los caracteres y derechos de la verdad racional. Á nombre de la crítica histórica se declaran ilegítimos sus títulos históricos. Á nombre de las ciencias naturales se les quiere tachar ahora de supersticiosas patrañas. La ciencia proclama que no necesita de la revelacion para explicar el origen de los mundos y del hombre. La filosofía proclama que no necesita de la religion para redactar el código de la moral independiente. El legislador proclama que no necesita de Dios para redactar sus leyes. La política proclama que la religion es cosa extraña á la gobernacion de los Estados. Tales son los artículos de fé de la impiedad científica en el siglo décimonono.

En punto al adelantamiento de las ciencias físicas y naturales, en punto al progreso material, el siglo en que vivimos es uno de los más extraordinarios que la historia conoce. Grandes han sido los adelantos de las ciencias naturales en éstas dos últimas centurias. La inmensa copia de observaciones y descubrimientos, lenta y trabajosamente acumulados por las edades pasadas; las leyes más importantes del mundo físico, que las generaciones anteriores no llegaban á lo más sino á sospechar ó entrever de un modo confuso, recibieron en la edad moderna demostracion palmaria y rigurosa exposicion científica, y coordinándose sistemáticamente han dado lugar á ciencias nuevas completas. En lo que se refiere al sistema del universo, no estamos ya aténidos á construcciones hipotéticas como las de Ptolomeo y Ticho-Brae, ó á fragmentos de construccion aislados entre sí por enormes huecos ó vacíos, como en los tiempos de Copérnico, Galileo, y aún Descartes; sino que poseemos un sistema completo y definitivo, demostrado con todo rigor científico, como lo es el de Newton. En torno de esta verdad fundamental se han ordenado y continúan ordenándose todos los grandes descubrimientos sucesivamente alcanzados con un estudio más profundo de la naturaleza. Se han llenado al mismo tiempo, y continúan llenándose con asombrosa rapidez, los vacíos que separaban entre sí á las diversas ciencias; y, extendiéndose el campo de lo conocido, por todos lados se descubren nuevas vasti-

simas é inexplorables regiones, en cuyos dilatados y oscuros horizontes parecen compenetrarse todas las ciencias, enlazándose todas con estrechísima solidaridad en sus más superiores esferas.

Natural consecuencia de este adelanto de las ciencias físicas y naturales ha sido que nuestro siglo, explotando la rica herencia científica que le legaron las generaciones pasadas, pudiera realizar verdaderos prodigios para el dominio del hombre en la naturaleza. Por sus gigantescas empresas, por sus descubrimientos maravillosos, entregará á las generaciones venideras el mundo transformado y la materia como engrandecida. Generacion de titanes parecerá la nuestra, que pesó y analizó los astros, recortó la tierra, taladró los montes, perforó los istmos, confundió los mares, rasgó los velos que cubrian lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño de la creacion, halló el medio de transmitir el pensamiento de un polo á otro con la velocidad del rayo, y, arrastrado por el vapor, lanzó al hombre por cima del Niágara como por las entrañas de la tierra.

Pero, al lado de tanto progreso material, no ha podido ser mayor el desquiciamiento moral. ¿Por qué este siglo tan grande ha sido al mismo tiempo, en el órden moral, siglo tan oscuro y revuelto? Claramente lo explica el gran libro de la humanidad. «El hombre y los pueblos no viven sólo de pan», dice la Sagrada Escritura con frase tan sencilla como profunda. Alentado por sus triunfos en el progreso material; arrastrado por la soberbia, mezquina pasion propia de todo el que es pequeño, porque no sabe ser grande, el hombre ha creído que no puede haber nada que su razon no comprenda y explique; y desechando como ilegítimos los impenetrables dogmas que dan tan sublimes soluciones á nuestros destinos, se ha puesto á reconstruir filosofías y sistemas, partiendo de la idea, unas veces declarada y manifiesta, otras tácitamente consentida, de que el universo como el hombre, la naturaleza moral como la naturaleza física, no se rigen sino por leyes generales, eternas y necesarias, sin que ninguna voluntad superior haya venido jamás á crear, suspender ó modificar su curso; y que Dios, caso de existir, no es sino una entidad abstracta, que para nada interviene en el órden natural.

Tal es el criterio de la ciencia moderna: en las cátedras del racionalismo que pasan por espiritualistas, lo mismo que en las es-

cuelas materialistas, el naturalismo domina omnipotente, elevando sus teorías á la categoría de dogmas científicos. Con la misma unanimidad con que antes se creía en el pecado original, se cree hoy en el hombre-mono ó en el Adán salvaje. Antes se creía en la Providencia: ahora se cree en las escuelas que la humanidad, como el mundo físico, están sujetos á las mismas leyes naturales, invariables, eternas, fatales; que el hombre no es más que una parte organizada de la sustancia del universo; en una palabra, que lo sobrenatural es un sueño, como dice Voltaire, y que todos los seres, sin excepcion, están sometidos á las mismas leyes invariables. Para la ciencia moderna, el hombre primitivo no fué un sér superior creado directamente por el Hacedor Supremo é iluminado por revelacion divina; fué, por el contrario, un salvaje grosero, semihombre, semibruto, sociable por instinto; como la abeja y el castor, poco superior al mono, pero dotado como él de instintos de imitacion, lo cual, unido á su organizacion especial, que le permite perfeccionarse gradualmente, hizo que del grito inarticulado, imitacion del bramido de las fieras, pudiera elevarse al lenguaje articulado, y del lenguaje articulado monosilábico al lenguaje más perfecto de los idiomas clásicos, y gradualmente despues á todas las artes de la vida social. La historia de la humanidad en nada se diferencia de la historia de los demás seres del universo; se desenvuelve con arreglo á los propios elementos que constituyen la naturaleza humana, y éstas son las únicas fuerzas que gobiernan y dirigen. La humanidad, para decirlo de una vez, no está sujeta al gobierno de la Providencia, no ejerce sobre ella ninguna accion, poder alguno sobrenatural; en su marcha y desarrollo no hace, por el contrario, sino obedecer á las leyes naturales de su organismo; y estas leyes naturales, fuerzas interiores que obran en cada sér, son las que sin cesar la transforman y la arrastran de un modo fatal á cumplir su destino.

Tal es en el racionalismo, como en el panteísmo, como en el materialismo y naturalismo contemporáneo, el principio generador del paganismo moderno. La negacion de lo sobrenatural, como contrario á la razon, es hoy el fondo de todas las lucubraciones de escuela. Se quiere sustituir al Dios del Evangelio, al Dios uno, omnipotente, personal, distinto del hombre y del mundo, y creador del hombre y del mundo, un ídolo de invencion humana,

un Dios abstracto, que no otra cosa viene á ser, en sustancia, sino el hombre y el mundo confundidos, amalgamados en el espacio y el tiempo por una ciencia que se cree profunda y es sólo impía por soberbia. Nada extraño que con esos extravíos que hoy la ciencia padece la religion se conmueva en su esencia misma, y que el edificio social sobre ella levantado amenace ruina, y que el alma humana, desgarrada en sus grandes creencias, se sienta triste y como desheredada, y á punto de perecer con sus esperanzas y su fé. De aquí el estado social moderno: prodigioso adelantamiento en la esfera de los intereses materiales, pero espantosa perturbacion en el orden moral.

Grande es, en efecto, y grave como nunca, la anarquía que ahora conmueve todo el mundo moral. Sin vacilar puede afirmarse que en la larga sucesion de siglos que componen la historia ninguno se ha conocido en que se presentaran como principios científicos tan inconcebibles desvaríos y tan monstruosas aberraciones, y anduviera el entendimiento tan confundido y degradado como en las dos últimas centurias. Cicerón decia que en su tiempo era imposible inventar un disparate que no hubiera sido sustentado por algun filósofo; pero nosotros podemos afirmar que es imposible inventar un disparate que no haya sido sustentado ya por algun sábio contemporáneo como último descubrimiento de la ciencia.

En todos los siglos ha habido herejías; pero lo que tiene de característico nuestra edad es que en ella se remueven y restauran á la vez todas las herejías de todos los siglos, sin tener originalidad para inventar un error que merezca considerarse como nuevo. Cuantos errores y desvaríos filosóficos y religiosos concibieron el Oriente y el Occidente, cuantas herejías se levantaron para deshacer á la Iglesia, se remueven hoy á un tiempo como arma de guerra contra el edificio cristiano. En la controversia religiosa y científica, como en la lucha política, aparecen heterodoxos y sectarios de todos los cismas y herejías. Los hay que descienden del jansenismo en línea recta de varon en varon, y otros que proceden por igual orden de descendencia de Arrio, Nestorio, Eutiques, Pelagio, Cassio, Fausto, Lutero, Zuinglio y demás corifeos; hay tambien príncipes, como Juliano, Felipe el Hermoso de Francia y Enrique VIII de Inglaterra; diplomáticos como Nogaret; y al

mismo tiempo el panteísmo de Brahma, el nihilismo de Budha, el comunismo espartano, la impiedad de Lucrecio, la moral epicúrea, encuentran ardientes renovadores. Entre todos estos elementos parece haberse formado estrecha coalicion para combatir á la Iglesia, en el terreno dogmático como en las jerarquías é instituciones de su constitucion externa. Creeríase que unos y otros se han hecho solidarios de sus respectivas doctrinas, por heterogéneas que pudieran parecer, y que ha habido como cierta especie de convenio para enarbolar los diversos lemas y dirigirse así cada cual al asalto de las diversas posiciones que es preciso tomar para apoderarse del antiguo baluarte.

El racionalismo ha declarado que no necesita de los dogmas para explicar al mundo y al hombre, y hallar el fundamento de la sociedad, el origen y la legitimidad de las soberanías sociales y el principio generador del derecho. Y de todas las escuelas científicas, como si se hubiera predicado la cruzada, acuden campeones en auxilio de la negacion que el racionalismo ha dirigido contra el orden sobrenatural.

Fiel á esta táctica, el racionalismo sienta en filosofía el *yo* como proposicion fundamental; y razonando sobre el *yo*, pretende levantar todo el edificio filosófico. Con el mismo procedimiento, en política tambien define primero al hombre abstracto, como se define en aritmética la unidad, y de la definicion que sienta deduce despues teóricamente, y por simple razonamiento, los derechos individuales, la constitucion de la familia, la organizacion del Estado, así como en matemáticas, de una definicion primordial, se deducen los demás teoremas.

En nada, en efecto, se diferencian el procedimiento que hoy se sigue en la construcción del mundo social y el procedimiento usual de las ciencias exactas. En política, como en matemáticas, se sienta un principio *à priori* para deducir luego por medio de razonamientos abstractos toda la estructura social, del mismo modo que se construye un libro de geometría razonando sobre un axioma. «Éste es el último paso de la filosofía, dice Condorcet; éste es el sistema que ha venido á poner en cierto modo una barrera eterna entre el género humano y los rancios errores de su infancia. Apli-

1. Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique de l'esprit humain (neuvieme époque)*.

cándolo á la moral, á la política, á la economía política, se ha conseguido un método demostrativo casi tan exacto como el de las ciencias naturales. Sólo con él se han podido descubrir los derechos del hombre.»

Hemos de confesar que de entonces acá la tragedia política no ha confirmado la teoría de Condorcet. Siguiendo ese método, que en las ciencias morales, y sobre todo en política, había de dar un criterio tan seguro de la verdad como el que resplandece en las ciencias exactas, vimos trazar prodigioso número de teorías y sistemas políticos, en que todos los ciudadanos deben ser justos y benéficos y amantes de su patria, y están equilibrados los poderes públicos con toda la exactitud y precisión de un problema de mecánica, y de antemano aparecen resueltas para los gobernantes las mayores dificultades; pues no hay más que atenerse en todo al fallo de la voluntad nacional, y para conseguir la expresión de la voluntad nacional basta consultar el sufragio universal, y recogiendo y sumando los votos de cada uno de los autómatas simples y homogéneos, cuya agregación compone las naciones, quedan reducidas todas las dificultades del gobierno á la primera y más sencilla de las operaciones que enseña la aritmética. Pero mientras en las regiones de la teoría se trazaban estos ideales de sociedades perfectas compuestas de individuos que no eran ni hombres ni brutos, sino seres abstractos, racionales y sensibles, capaces de elevarse por razonamiento á los principios de los derechos del hombre y convenirse en las cláusulas del contrato social que más les acomode; mientras en esas sociedades ideales todo, en fin, se resolvía á maravilla y con la simple dialéctica,—acá en la tierra, en cambio, á pesar de proclamar los pueblos los derechos del hombre, y poner en práctica los gobernantes el método ideológico de Condorcet para resolver las dificultades del gobierno, continuamos, sin embargo, en las rancias preocupaciones y necias rutinas. Los hombres no se hicieron más razonables, sino continuaron siendo pájaros como antes, arrastrados unas veces por la pasión, otras por el prejuicio ó la simple necesidad, rara vez por la pura razón; y ahora como entonces, la historia, que es la política experimental, ha continuado formándose con la mezcla terrible de errores y verdades, vicios, pasiones y virtudes que constituyen la naturaleza humana.

No obstante las contradicciones y escarmientos de la práctica,

es, sin embargo, de admirar la constancia y tenacidad de los ideólogos levantando sus edificios teóricos. No hay duda que, para dar muestra de tan notable persistencia, el espíritu teórico debe tener profundas raíces en los senos más íntimos de la sociedad moderna. Así es, en efecto. La época actual desenvuelve todo su movimiento científico en la esfera que le trazó el siglo XVIII. Acepta por punto de partida los principios que sentaron los filósofos y hombres de letras de aquella centuria, y se vale en ciencias morales y políticas de los procedimientos planteados por aquellos teóricos. Argumenta acerca de los sistemas sociales y políticos del mismo modo que sobre asuntos de ciencias naturales ó de ciencias exactas. En la naturaleza ó en la razón abstracta busca las primeras premisas de la construcción social, y pretende, en fin, constituir la sociedad natural argumentando sobre un primitivo contrato social como Rousseau, sobre una sensación como Condillac, ó sobre el placer y el dolor como Helvecio, ó sobre una teoría de historia natural, ó sobre el hombre primitivo y la bondad natural de la especie humana y sus derechos naturales absolutos, como Diderot; D'Alembert y toda la escuela en sus diferentes matices.

Todavía tribunos y partidos políticos fantasean como prospectos para el buen gobierno sistemas filosóficos simétricamente ordenados y razonados con sutil dialéctica sobre derechos del hombre inalienables, imprescriptibles, ilegibles, ó sobre las cláusulas de un contrato social imaginario. Todavía políticos con fama de sesudos y de ser los representantes de la política del porvenir trastornan los estados con motines y revoluciones para poner en práctica una combinación ingeniosa de leyes é instituciones ideales recién inventada por ellos, y que presentan al orbe como la constitución eterna y perfecta, aplicable por siempre jamás á todos los pueblos de la tierra.

La legitimidad de este método para fundar gobiernos casi perfectos parece á todos incontestable; para ellos es indiscutible como un dogma. Nada prueban contra él las utopías destructoras y las explosiones de anarquía á que puedan dar lugar algunos ideólogos de gabinete ó algunos tribunos de plazuela, empleando el sofisma en vez del silogismo bien hecho: el método es bueno y permanece tal, por más que la ignorancia y la pasión hagan de él uso ilegítimo, ó la pícara reacción procure siempre desacreditarlo.

Pero al mismo tiempo este sistema tropieza con una gran dificultad. ¿Cómo los hombres han estado tanto tiempo sin averiguar verdad tan sencilla como fundamental para la constitución de la sociedad? ¿Cómo ha sido tan larga la infancia de la humanidad? ¿Cómo hasta nuestros días pudieron vivir los humanos sin conocer los derechos del hombre? ¿Por qué causa no han podido prescindir jamás de la religión al constituir sociedad y levantar las soberanías y jerarquías sociales? Para resolver tales dificultades se imaginó la teoría del progreso, en la cual se describe al hombre elevándose gradualmente, á través de indecibles dificultades y tropiezos, por constante progreso del salvajismo más abyecto á la civilización de nuestra edad.

Mas admitida también la teoría del progreso, surge á su vez otra dificultad aún más grave. Dentro de un período de ocho mil años no cabe la historia de la humanidad sin prodigio, y forzosamente debió ser necesaria larga serie de siglos para que los hombres fuesen inventando á poquitos el lenguaje, las artes, las instituciones. De aquí que se trabaje en el día con todo ardimiento para prolongar las edades de la historia, á fin de poder explicar este progreso lento y constante de la civilización humana. Escritores más ingeniosos que sesudos se entretienen en fantasear la historia de los imperios imaginarios que debieron florecer en China, en la Persia, en las márgenes del Nilo y del Ganges, 19,564 ó 30,778 años antes de la era vulgar. Más aventajados que el involuible Hermagoras, de *Los caracteres* de La Bruyère, no sólo pueden dar exacta cuenta y razon de quiénes eran Apronal, Herigeбал, Noesnemordach, Madokempad; y saben cuántas mujeres tuvo Nino; y que Thutmosis, rey de Egipto, era de naturaleza enferma por herencia de su abuelo Alifarmutosis; y que Semíramis, llamada por algunos Serimarís, hablaba como su hijo Ninias, hasta el punto que se confundían por el metal de la voz, aunque hasta ahora no ha podido averiguarse si es porque la madre tenía el acento varonil de su hijo, ó bien el hijo la voz afeminada de su madre; no sólo demuestran que Nemrod era zurdo, y Sesostris ambidiestro, y que es error vulgar imaginarse que Artajerjes se apellidó Longimano, porque le caían los brazos hasta la rodilla, cuando consistía su defecto en tener una mano más larga que otra¹,

¹ LA BRUYÈRE, *Les caractères* (De la société et de la conversation).

sino que descifrando con mayor penetración de anticuario el horrible caos de los imperios babilonio y asirio, y de las dinastías de Egipto, describen concienzudamente los sucesos acaecidos en el tenebroso año 26,778 antes de la creación mosaica, precisan los fastos mitológicamente gloriosos del gran Osiris, conocen toda la parentela de Phta, y pueden referir hasta en sus últimos detalles las hazañas de Orus, 18,790 años antes de Cristo, desde cuya época no les ofrece la menor duda la realidad de los sucesos históricos¹. Cuestiones son éstas que traen en el día profundamente distraídos á los sábios. Pero como sólo la geología y demás ciencias naturales, y tal vez lo filología, pueden reconstruir la historia de la humanidad en tan remotas edades, los filólogos se convierten en historiadores de la antigüedad prehistórica; las academias y congresos de ciencias naturales, hacen ahora las veces de concilios, y los naturalistas desempeñan el papel que antes desempeñaban los teólogos. Con el cráneo de un tongozo y la rabadilla de un africano antropoide, ó el cóxis prolongado de un chimpanzé ó de un gorila, resucitan estos sábios las razas semihumanas que vivían en el mundo bastantes años hace, y demuestran que fueron los padres de la humanidad esos Adanes que vagaban por la tierra cuando no tenía ésta ni trazas de paraíso.

Entre todos estos sábios merecen, sin embargo, estudio aparte, por la singularidad de sus doctrinas, tanto como por la importancia, sin precedente para un naturalista, que han adquirido en nuestros días, «unos científicos» (según diría la escuela krausista española), que han hecho irrupción en los dominios de la teología, de la filosofía, de la política y de todas las ciencias morales en general. Bien se entiende que nos referimos á la escuela ó clase de los *evolucionistas* ó *transformistas* ó *monistas*, vulgarmente conocidos por el nombre genérico de *darwinistas*, aunque es género donde caben y entran muchas especies.

Dijimos que la ciencia contemporánea no ha tenido originalidad para inventar errores; la misma doctrina darwinista no desmiente nuestro aserto. Es teoría vieja y rancia, como cualquiera otra de las que en nuestro siglo se profesan. Su forma, tal vez, pudiera ser nueva; pero lo que en ella hay verdaderamente de nuevo y no

¹ ROBERT, *Antigüedad de las razas híbridas*.

visimo es la inspiracion anticristiana. Esto es lo que vamos á procurar demostrar brevemente.

Gran falta hacia á las revueltas sociedades de nuestro tiempo que surgiera, al fin, alguna escuela con soluciones consoladoras para los terribles problemas que remueven las generaciones contemporáneas. Y puesto que hasta ahora filósofos y políticos, en vez de arreglar tanto desconcierto, se han dado maña para revol. verlo más, justo era que los naturalistas se encargaran de la tarea que tan mal han sabido desempeñar los doctóres y hombres de accion en las ciencias morales y políticas. Sin duda á esta necesidad social se debe la aparicion de la nueva secta de sábios, que concretándose al estudio de monos y protoplasmas, disecando hormigas y elefantes, inventando animales fantásticos, abismándose, en fin, en la contemplacion de la naturaleza, ha sabido adquirir gran experiencia en materia teológica, y ser semillero de moralistas notables y profundos políticos. Son los hombres de esta secta ingenios y sábios de todo punto excepcionales; si alguien se resiste á reconocerlos como los mónstruos del siglo XIX, nadie, por lo ménos, negará que constituyen una de las mayores curiosidades de nuestro tiempo. Tan estrafalarios como ellos son los descubrimientos singulares con que enriquecen la ciencia; estudian la naturaleza con la imaginacion fogosa y la fantasía creadora del artista y las ideas confusas del filósofo moderno. No les falta talento; entre ellos se cuentan quizás verdaderos génius, pero hasta ahora no se les ha notado ni medio adarme de sentido comun. Por el género de estudios que cultivan su mision seria la de observar el mundo real; pero al hacerlo se distraen de tal manera, que sin darse cuenta apenas de lo que ocurre por nuestro planeta, se quedan estáticos ante los mundos imaginarios. En sus arsenales y laboratorios científicos tienen en estudio todas las piezas de este nuevo cosmos inventado por ellos; de sentir es, sin embargo, que ésta sea la hora en que todavía no hayan podido ajustarlas á pesar de trabajar dia y noche como titanes para arreglar la materia prima. Miran con el más soberbio desden los trabajos de sus predecesores, y si alguna vez los mencionan no es sino para manifestarles desprecio. Nada les ilusiona tanto como inventar ó decir cosas inauditas; para conseguirlo no les importa sentar fama de escéntricos y hasta de desalmados; mirarian como desgracia

mucho mayor el no distinguirse entre los demás sábios. Buscando soluciones para los graves problemas de nuestro origen y de nuestros destinos, que á todos nos atormentan en este mundo, se des hacen ellos con asombroso desenfado de las dificultades más árduas, y descubren en cambio montañas y tropiezos insolubles en los asuntos más baladies. Pero cuando para salir de apuro les bastaria acudir al buen juicio del carbonero, prefieren hacerse agua los sesos cavilando disparates sin precedente. Han inventado las fórmulas más extrañas para explicarnos la creacion y la genealogía del hombre y la suerte futura que se prepara para nuestra descendencia. De estas fórmulas resulta unas veces que no hay Dios, otras que Dios se está haciendo, y siempre que ellos son los dioses. Naturalezas sofisticas, entendimientos pervertidos, caracteres maniáticos, se han propuesto dar paz y bienestar al orbe, exponiéndole hipótesis de historia natural. A esta secta debemos el descubrimiento de que para adquirir alguna experiencia en las cosas humanas, y hallar la solucion de todos los problemas filosóficos, morales y políticos, es ocioso el estudio del hombre moral, inútil la observacion de lo que pasa en las sociedades humanas, y sí, por el contrario, de gran provecho manejar lemures, antropoides, protozoos, protofitos y protistas.

Casi ha corrido ya una década desde que la *Revista de ambos mundos* anunció á los humanos que «un génio de primer orden, únicamente comparable con Newton ó Galileo, el *Mesías* de las ciencias naturales», Darwin, en una palabra, estudiando el drama gigantesco de la vida y de la muerte desde el principio de las edades, paseando la investigacion científica desde la cumbre del Himalaya hasta lo más profundo de los mares, habia descubierto el gran secreto en las entrañas de la naturaleza, y á nombre de la ciencia lo presentaba á los legisladores para que en él inspiren sus códigos. Moral, derecho, religion, matrimonio, familia, propiedad, vida social, organizacion política, todo debe edificarse con arreglo á este principio supremo. Cuando la legislacion se haga científica, es decir, darwinista, como es de esperar que lo sea algun dia; cuando se comprendan mejor los principios biológicos de la reproduccion y del hereditarismo, no veremos ya á legisladores ignorantes rechazar con desprecio el sistema que ha de producir de un modo seguro nuestro mejoramiento y bienestar, y que consiste no

más que en unir con prevision científica los dos reinos de la pareja humana. El perfeccionamiento evolutivo de la humanidad estará entonces asegurado para siempre. El procedimiento, como se ve, no puede ser más sencillo; en su misma admirable sencillez se descubre la mano de la sabia naturaleza.

Desde que Darwin hizo su insigne revelacion la secta no ha cesado de conquistar numerosos prosélitos; ha invadido todas las ciencias, produciendo profundas innovaciones en los diferentes ramos del saber. Ya es cosa plenamente averiguada «que los planetas están vivos, y tienen, como cualquiera otra persona, su tiempo de nacer y de morir, su tiempo de reir y llorar, de ganar y perder, sus momentos de disgustos y desazones, sus arrebatos de amor, odio y celo». No es científico, y si gran bodeque, quien no tenga ahora la certeza de que todos los seres y organismos no son sino la evolucion de unas cuantas vejigüelas primitivas, quizás de una sola, y que el hombre, representacion del mundo en pequeño, *microcosmos*, síntesis de las etapas evolutivas recorridas hasta aquí, sólo debe apreciarse como una conglutinacion de celdillas, en las cuales la materia perfeccionada adquiere conciencia de sí.

Para conocer el mundo moral estudian, pues, los fenómenos de la naturaleza; y la religion, la política, todas las ciencias sociales las convierten en una teoria de biología. Con las sensaciones y los instintos de la naturaleza animal explican la moral, el derecho y las instituciones fundamentales por que se rige toda sociedad. Con la doctrina de la evolucion y de la seleccion sexual descubren cuáles han de ser los más altos destinos de nuestra especie, y ponen en voga libros como el que lleva por título: *Origen de las naciones ó leyes del desarrollo científico de los pueblos según la ley de la seleccion*; otros como la *Introduccion á la ciencia social*, de H. Spencer, en que se diserta largamente sobre la *preparacion á la ciencia social por la biología y por la fisiología*. Por fin, un filósofo sin igual entre los nacidos, el sabio Haeckel, anuncia á los afortunados mortales que «han concluido los tiempos de la fe ciega y de los oscuros misterios y revelaciones mitológicas formuladas por castas sacerdotales. Nuestra época habrá tenido la gloria de fundar científicamente el más brillante resultado de la sabiduría humana. La doctrina genealógica será glorificada por los siglos venideros como una era nueva y fecunda en el progreso humano; era carac-

terizada por el triunfo de la libre investigacion alcanzado sobre la investigacion autoritaria por la noble y poderosa influencia de la filosofía monística¹.

Cabe, sin embargo, dudar de si todos estos descubrimientos son en realidad novísimos. Por más que á muchos choque nuestro parecer, creemos que de antiguo son conocidos en el mundo los principios de la filosofía monística, y que no valia, en verdad, la pena de anunciar con tanto aparato su descubrimiento como novísimo, ni es prueba tampoco de profundo saber el proclamar al siglo XIX como su descubridor. No sólo fuera fácil demostrar que en los libros y poemas del panteísmo oriental, y en algunas escuelas del paganismo helénico, se hallan desenvueltos con tanta sabiduría y entusiasmo como en las obras de Haeckel, sino que tampoco me haría disonancia que los assiriólogos hallaran algun libro darwinista en la biblioteca cuneiforme de Asurbanipal; y es seguro que si los prehistóricos no anduvieran tan atrasados, ya para estas fechas, por algun hoyo de la tierra, en terreno terciario, se habría descubierto cualquier utensilio de piedra con inscripciones ó geroglíficos, acreditando que el hombre primitivo estuvo ducho en teorías evolutivas y muy empapado en filosofía monística.

Pero no busquemos precedentes en los tiempos primitivos: creemos que no queda memoria de las primeras edades, así como de las cosas que suceden hoy tampoco habrá recordacion entre aquellos que han de ser en lo postrero; y nos parece empresa tan descabellada, como de ningun provecho, la de averiguar si ha habido ó no hombres cuadrumanos y con cola; si las herramientas y vasijas de los primitivos humanos eran de madera, hueso ó sílice; si usaban zamarras de piel, ó trajes de ojarasca, ó tejidos de lana y algodón. Demasiado hay que aprender en los tiempos históricos para no distraerse con mitologías de edades fabulosas. Además, como estamos presenciando diariamente casos de sabios que con el saber se vuelven tontos por meterse en honduras, no nos seduce el camino por donde con tanta facilidad se pierde el juicio. Para demostrar, pues, que nada nuevo han inventado el darwinismo ó el evolucionismo modernos, y que su obra se ha reducido á desenter-

¹ Historia de la creacion natural, último párrafo.

rar y escribir en serio y con tono científico patrañas que en todo tiempo hicieron las delicias de los ingenios de gusto pervertido y aficionados á cavilidades extravagantes, preferimos fijarnos en épocas y libros, que relativamente pueden llamarse recientes, aunque lleven dos ó tres siglos de fecha. Así habrá ménos lugar á engaño. No nos importa que con ello parezca perder la doctrina algo de su venerable antigüedad; nuestro propósito, por ahora, se reduce á demostrar que Darwin, Haeckel y demás no son inventores, sino plagarios. Otros á su vez se encargarán de demostrar que fueron también plagarios los darwinistas de los siglos XVI y XVII.

Sin ir á buscar por tierras extrañas escritores de esta especie, que en otros siglos, como ahora, se distrajeran, escribiendo en broma ó en serio libros sobre este género de lucubraciones estrambóticas, podemos citar, en primer lugar, á nuestro gracioso fraile el Padre Fuente de la Peña, que en su *Ente dilucidado* estampó desde la primera hasta la última de las cosas que ahora Darwin nos presenta como inauditas. Observa D. Juan Valera, con el sabroso aticismo que le es habitual, que «si tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Buchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etcétera, etc., que no esté previsto y predicho en el *Ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste, cuadre y encaje en la verdad católica..... En cuanto á la generacion espontánea, claro está que el Padre la defende y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos *animales trasteadores é invisibles secundum quid*..... El Padre hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas, culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado, sin necesidad de revoluciones telúricas, sidéreas ó atmosféricas..... Los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas, que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El Padre Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario, salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, lo demás nace por *educacion ó emanacion* de la materia prima. Se junta una forma á dicha materia, ó se junta otra, y ya tenemos los seres. Si la forma es *leonina*, sale un león; si *duendina*, sale un duende; y si es

galuna, sale un gato. Digasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin..... Entrevece también el Padre, cómo de la monstruosidad que adquiriera ó con que nazca un individuo de una especie puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen á muchos hombres con cola; una cabra, á quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las girafas. El Padre llega en este punto hasta creer que hay, ó ha habido, hombres peces, hombres ranas, hombres con un pié y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay, ó ha habido, menores que una avispa, y tan enormes, que por el hueco del fémur de uno de ellos entró á caballo un cazador persiguiendo una cierva, y tardó seis minutos en salir por el otro lado á todo galope.

«Nace de aquí una cuestion, que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el Padre dilucida, á saber: «Los monstruos, ¿son ellos ó lo somos nosotros?» Claro está que, si ha de salir especie de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie los monstruos seremos nosotros.

«En cuanto á que el hombre provenga ó no provenga del mono, no se declara bien el Padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaria, ya que concede razon, discurso y agudeza á los animales, y en particular á los monos. Monos hay, segun él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos, y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India á los naipes con los portugueses, los despluman, y luego, para consolarlos, los llevan á la taberna, los convidan y emborrachan ».

Con tanta discrecion como inimitable gracia juzga el distinguido crítico este género de invenciones desatinadas que no pueden tratarse sino con crítica festiva, aunque se expongan en serio y con aparato científico por filósofos ó naturalistas, por un Darwin ó un Fuente de la Peña. Únicamente nos permitiremos una observacion acerca de lo que dice D. Juan Valera, de que «los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas, que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas». Con esta frase se viene á completar lo que dice el mismo autor en las primeras líneas de la nota que precede al texto que hemos citado: «Ora sean sueños, ora verdades demostradas, ora hipótesis proba-

1. *Disertaciones y juicios literarios*, DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA, p. 231.

2. Obra y lugar citados, p. 231.

bles, la generacion espontánea y la trasformacion de las especies son ideas muy antiguas: sólo que antes nadie era tildado de impío ó de ateísta por seguir dichas doctrinas. *Los artículos de la fe no se habian aumentado indefinidamente como en el día.*» Lo de los basiliscos podrá estar dicho con gracia; pero sobra en ello, en cambio, ligereza de juicio; mas lo último que dejamos subrayado, ni tiene gracia ni juicio, y es, además, una inexactitud volteriana. Sólo ha de estimarse como uno de esos rasgos de inoportuno escepticismo, y no de buen gusto, que con frecuencia empañan las sobresalientes cualidades del peregrino ingenio de este gran escritor, que debemos reconocer como uno de los primeros entre nuestros críticos contemporáneos. Hoy, como entonces, siempre que las teorías más estrambóticas de la filosofía para reír se expongan «con las cortapisas convenientes para que se ajusten y encajen con la verdad católica», tal, en fin, como, según dice el mismo D. Juan Valera, exhibia sus deleitosos desatinos el Padre Fuente de la Peña, podrán los filósofos, hasta cierto punto, ensartar todos los disparates que quieran, sin producir otro efecto en los timoratos que desternillarlos con risas homéricas, en vez de enfurecerlos como basiliscos. Bien sabe D. Juan Valera que en nuestros días uno de los sábios más sin par que ha producido este siglo discurrió sobre todo género de problemas lucubraciones que dejan muy atrás al Padre Fuente de la Peña. Pocas cosas se hallarán en el *Ente dilucidado* tan graciosas, asombrosas y atrevidas como las explicaciones y comentarios que se le han ocurrido á este extravagante sabio sobre las etimologías de la lengua vascongada, sobre el sistema métrico decimal, sobre Adán, y Enoch, y Elias, y Troya, y Homero, y Salomón, y Vénus, y sobre la ley de matrimonio civil del Sr. Montero Rios, y por fin, sobre el discurso que el mismo D. Juan Valera leyó en la Academia Española con motivo de la recepcion de D. Francisco de Paula Canalejas. Sin embargo, es para todos notorio que las cosas del estrambótico sabio guipuzcoano encontraron siempre á los timoratos más alegres que espantados; y á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido tratar de hereje al peregrino ingenio, que fué un católico, no nuevo ni viejo, sino católico á macha martillo, apostólico y romano, como fray Juan de la Cerda y los reverendos Padres Fuente de la Peña y Valdecebro. Pero si disparatorios de este género se escriben como argumentos de primer orden para blasfemar de

la Biblia y desahogar impiedad, y se quieren presentar como la última palabra de la ciencia de mala ley imaginada hoy como arma de guerra para echar abajo el altar, siempre el creyente (pues tal supongo que querrá decir *timorato* en el sentido que aquí lo emplea D. Juan Valera) tildará y ha tildado de impío y ateísta á quien se haga adalid de tales doctrinas.

En el *Sueño de las calaveras*, si no recuerdo mal, pasando en revista por las regiones infernales á las revueltas muchedumbres de sastres de malas barbas y peores hechos, de malos alguaciles y corchetes, y jueces que se lavaban mucho las manos porque se las habian untado en ciertos negocios; entre Júdas y Mahoma y Lutero, y damas muy alegres de verse gallardas y desnudas, y demás gente, en fin, de no buen vivir, que son huéspedes de Lucifer, descubrió Quevedo, en pláticas con unos siniestros pasteleros, á ciertos hombres raros, que fueron allí juzgados «filósofos, que ocupaban sus entendimientos haciendo silogismos contra su salvacion». No eran los tales condenados sino filósofos hasta cierto punto, que además de distraerse inventando extravagantes patrañas, se deleitaban grandemente en obras de impiedad. En tiempos de Quevedo, como ahora, á pesar de no *habersa aumentado todavía indefinidamente, como en el día, los artículos de la fe*, según dice don Juan Valera, los timoratos no hallaban hospedaje mejor que las zahurdas de Pluton para «los filósofos que ocupan sus entendimientos haciendo silogismos contra su salvacion»; y el sarcástico y valiente escritor satírico redobla en los *Sueños* la energía del estilo, y es más que nunca «vehemente cuando retrata los castigos de los que se dedicaron á escribir obras perniciosas, á forjar tratados para entronizar errores y preocupaciones, á encadenar y entorpecer los adelantamientos científicos y la popular ilustración»¹.

Por lo demás, estamos tan convencidos, como D. Juan Valera, de que apenas hay descubrimiento moderno, por maravilloso que sea, que no hubiera ya previsto el ingenio invencionero y desenvuelto de los Fuente de la Peña y Valdecebro. Pero la sagacidad de aquellos sábios fué, sobre todo, admirable en materia de ciencias naturales. No se les escapa ninguna de las peregrinas teorías que los naturalistas nos quieren ahora presentar como novisimas.

¹ A. FERRÍ INDEZ-GUERRA, obras de D. Francisco Quevedo y Villegas, *Discurso preliminar*, pág. 17.

Asombra la perspicacia, y por todo extremo privilegiada intuición, de ambos reverendos Padres, para adelantarse á su siglo. Basta leer breves páginas del *Ente dilucidado* y del *Gobierno general y político hallado en las aves más generosas y nobles*, para comprender que es sobremanera injusto, después de lo que ellos escribieron, que vengan ahora los Lamarck, Darwin, Hebert Spencer, Haeckel y demás, á usurpar la fama de descubridores. Los españoles estamos en el caso de protestar contra semejante iniquidad.

Prácticamente demuestra D. Juan Valera, con brevisimas indicaciones, las comparaciones que podrían establecerse en averiguación de lo que deben al libro del Padre Fuente de la Peña los descubrimientos recientes de la ciencia. Siguiendo su ejemplo, haremos otro tanto con respecto al Padre M. F. Andrés Ferrer de Valdecebro, calificador del Santo Oficio; y advertiremos previamente que sentimos muy de veras no poderlo hacer más por extenso, pues habría materia para algunos volúmenes.

Sobre la generación espontánea sostiene el Padre, no ya que son simples vejigüelas ó animalejos pequeños los que así se producen, como creen los modernos, sino aves y sapos y toda clase de animalías. «El pájaro osina, dice, llamado por otros autores berneca, es pájaro tan singular y extraño, que nace de las hojas que caen de unos árboles..... Cosa de tan grande asombro, que es de las únicas maravillas de naturaleza. En nuestra España hay muy pocos de estos prodigios; y sus moradores, como están contenidos de sus términos, y no salen de ellos, no suelen dar mucho crédito á estas singularidades. Los años pasados escribí de las aves que nacen en las Indias cayendo hojas sobre el agua; y muchos que tenían obligación de saber de estos prodigios, no asintieron á la verdad. Hice un argumento perentorio, y fué: los veranos en España, cuando hay seca, y después de ella cuando se descoje alguna nube con poca agua, y la arroja con gotas algo gruesas, apenas toca el suelo cuando luego al punto se levanta un sapo y comienza á andar. No es muy grande, porque será como una uña pequeña; empero es animal irracional, viviente y sensible. ¿Qué embarazo, pues, y dificultad puede haber que caiga una hoja de un árbol sobre el agua y se levante un pájaro? Me lastima mucho que hombres entendidos no cotejen y reparen, y que se hagan al lado de la gente común y ordinaria de los necios. ¿Qué más dá

que sea pájaro, ó sea sapo, ó sea serpiente, en tanto que es viviente y sensible? Luego hallé que no sólo en Alemania, sino en Inglaterra, nacen también pájaros de las hojas que caen sobre el agua, de algunos árboles, como luego diremos..... Escribe Anciso, en su *Geografía*, de estos mismos árboles de Inglaterra, que es asombro más superior que los pasados. Dice que si las hojas de estos árboles caen en tierra, se levantan pájaros; si caen en el agua, se levantan peces, y de buen alimento. Son fáciles las noticias á los escrupulosos que dudaren por los muchos ingleses que por acá tenemos, de quienes se puede acaudalar y asegurarse, ó lean el tratado de *Mirabilibus naturae* ¹.

El paso más atrevido que ha dado el darwinismo consiste, á no dudar, en la negación de la inmutabilidad de las especies, sosteniendo, por el contrario, que los seres pasan insensiblemente de unas á otras en la lenta y progresiva evolución del perfeccionamiento de los organismos. El Padre Valdecebro va más allá: para él, no sólo es cierto que cambian las especies, sino que defiende además que en un mismo individuo pueden variar los sexos, y refiere casos graciosísimos de mujeres convertidas en hombres. «Otra cosa bien nueva y extraña refieren Columela y Marco Varro, y es, que ha sucedido muchas veces volverse las gallinas gallos; y afianzan esta verdad refiriendo de muchas mujeres que se han vuelto hombres. De Ceneo refiere Higino que se volvió hombre siendo mujer, y refiérelo también Virgilio en su *Eneida*. Plinio escribe, que el año que Lucinio Craso y Casio Longino fueron cónsules, hallaron que una muchachuela de Casiano se había convertido en hombre. Arecusa fué mujer, que estuvo muchos años casada; convirtiéndose en hombre y se llamó Aresconte, y se casó con otra mujer, y estuvo casado mucho tiempo, según refiere Licinio Muciano. Á Luciano Conficio vió en África Plinio, que era ciudadano de Trisditano, que siendo mujer, y desposada con su marido, el día de las bodas se volvió varón: le habló y comunicó mucho tiempo, y que él mismo refería el suceso de haberse convertido en hombre. De una mujer de Gaeta refiere Pontano, que habiendo estado casada con un pescador catorce años, se convirtió en hombre; y lo mismo sucedió con una mujer llamada Emilia. De donde

¹ Gobierno moral y político, etc., part. II, l. XIX, c. VIII, p. 421, ed. de 1682.

se infiere, que si esto sucede con un animal tan generoso y noble como el hombre, puede suceder en los demás animales, especialmente cuando hay algunos que usan de entrambos sexos, como los lebrones y hienas. *Convertirse los hombres en mujeres es cosa que no he leído haya sucedido jamás, y es muy consiguiente al orden de la naturaleza, que va buscando la mayor perfeccion; y como lo es ser hombre, trasformarse mujeres en hombres; empero como es imperfecto animal la mujer, nunca bajó de lo perfecto á lo imperfecto la naturaleza, sino es en monstruosidad*¹. Digasenos si Darwin ha expuesto en alguna parte su doctrina de una manera tan gráfica como aparece presentada en éstas últimas líneas.

Á Darwin y á toda la escuela evolutiva se le ha antojado, que del mismo modo que observando determinadas reglas en los cruces formamos razas distintas de caballos, perros y demás animales, pueden y deben obtenerse iguales resultados con la especie humana. Esto lo dá por sabido nuestro gracioso Padre. «No me ha hecho disonancia nunca, dice, que haya pigmeos, porque vemos enanos y enanas cada día de la estatura misma de los pigmeos; y aunque es verdad que éstos son monstruos que nacen de defecto de generacion de sus padres, son verdaderamente pigmeos. Y si todos los que en España tenemos, y hay en Europa, se juntasen é hiciesen poblacion, tuviéramos tambien generacion pigmea»².

Tambien el hereditarismo ó atavismo lo consigna el autor entre «las causas que en buena filosofia y medicina se hallan para que la naturaleza crie tanta diferencia de monstruos en hombres, fieras, peces y aves: sea engrandecido por todo, por eternidad de eternidades, el Señor».

Si la posteridad fuera justa, debiera llamar al sistema valdecebrismo en lugar de darwinismo. Aunque por otro lado, fuerza es reconocer que el uso general, casi infalible, en materia de lenguaje, ha debido, á no dudar, tener poderosos motivos para consagrar la palabra darwinismo como representacion de una escuela aparte: y creemos que la causa principal de todo ello ha de consistir en la profunda divergencia de ambas escuelas sobre materia de religion. El reverendo Padre Valdecebro dedicaba sus filosofías á San Vi-

¹ Obra citada, II part., l. XVIII, c. LXXVI, p. 404.

² II part., l. XI, c. LI, p. 271.

cente Ferrer y á la mayor gloria del Señor; Darwin, Haeckel, Herbert Spencer, etc., dedican, por el contrario, sus libros á la impugnacion de la Biblia y de la Providencia, y en vez de oraciones, dedican á San Vicente Ferrer morisquetas volterrianas. El valdecebrismo podia muy bien ser invencion de un calificador del santo oficio; pero al darwinista ó al evolucionista de la especie contemporánea la Inquisicion los hubiera tenido que castigar por herejes.

Pero, en fin, estas divergencias no existen sino en el terreno religioso; en cuanto á lo que es del orden científico, debemos decir que todo lo que Darwin habia de revelarnos en el siglo XIX lo tenia adivinado hace doscientos años el Padre Valdecebro. Estamos convencidísimos de que ninguna de las novedades científicas que recientemente nos han remitido de París y Berlin como última moda para la gente sábia, habrá de coger de nuevas á quien haya leído los deliciosos capítulos que en España y fuera de ella ha inspirado el darwinismo por los siglos XVI y XVII.

Dice el Padre Valdecebro que él «ha sido el primer inventor de este lenguaje de gobierno político y moral». Le sobra razon. No veo con qué títulos le pueden disputar ahora el privilegio de invencion los naturalistas contemporáneos, que andan hechos unos basiliscos para demostrarnos que el sentido comun, el sentido moral, el matrimonio y todas las instituciones civiles y políticas le vienen al hombre por herencia mejorada de los instintos, buenos usos y costumbres de las aves y fieras.

Los disparates de este género han encontrado ahora editor que les haga ediciones, nada ménos que trilingües, de cada uno de los tomos de patrañas clásicas que vayan inventando. La coleccion se llama *Biblioteca científico-internacional*: se puede decir que, no obstante algunas excepciones, honrosas ó no, pues hay tambien algun ejemplar antidarwiniano, la biblioteca está consagrada á la escuela darwinista ó evolucionista á secas. En cuanto algun sábio de la escuela ha formado un volumen de doctrina filosófica, ó política, ó fisiológica, ó jurídica, ó naturalista, ó lingüística, lo entrega á la *Biblioteca científico-internacional*; y en el acto, como si fuera una Biblia, se publica á la vez en francés, alemán é inglés, por las prensas de París, Lóndres, Nueva-York y Leipsik. Posible es que el negocio mercantilmente resulte bueno; pero la

casa editorial no dá en ello gran muestra de buen gusto literario. Dado caso que se hubiera enamorado perdidamente de todas esas doctrinas que nos demuestran cómo pueden nacer los séres de un vapor, y convertirse los sapos en culebras, los peces en pájaros, las hormigas en elefantes, los monos en hombres, y cómo se descubren las leyes científicas del desarrollo de las naciones, las evoluciones progresivas de la humanidad y las máximas más sábias del gobierno moral y político, arguyendo á los hombres que tienen discurso con lo que hacen las fieras que no lo tienen, valiera más seguramente que se dedicara á hacer ediciones políglotas de los Fuente de la Peña, Valdecebras, Giambalista, Porta, Lemnios, Maillet y demás autores de este género, cuyo número es tal, que bastarian ellos solos para constituir un buen tomo de bibliografía. Sabido es, en efecto, que el darwinismo se ha despojado en nuestros días de aquella gracia, candor y sencillez en la expresion que antes daban amenidad á sus escritos, habiendo perdido ahora en ingenio lo que ha ganado en ingeniatura y presuncion. Y no se diga en favor del darwinismo de nuestro tiempo que es ahora más fecundo que nunca; porque si es verdad que padecemos hoy plétora de tales escritos, lo debemos, además de otras causas, principalmente á la indiscreta proteccion de los editores, pues ya es sabido que en habiendo algun lucro, ni la langosta ni la filoxera se multiplican con más asombrosa rapidez que los volúmenes de los autores dañinos. Basta un editor Mecenás para inundar en un año todo un continente con libros insulsos.

Si la referida casa editorial se dedicara, por tanto, á hacer una biblioteca selecta, que reuniera lo mejor y más sustancial del darwinismo antiguo, nada perderia el saber y sí ganaria la literatura con que se aficionara el público á cosas mejores y mejor dichas, aunque no menos estrambóticas; y seria por de contado obra más cristiana no sacar á los incáutos, con pretexto de ciencia, seis pesetas por cada uno de esos volúmenes de desatinos hiperbólicos que circulan como la última palabra de la ciencia. No hemos de discutir aquí si con ella adelantaria ó no el saber; pero lo que sí damos desde luego por seguro es que no pocos bibliófilos se alegrarian entonces de pagar seis pesetas por un tomo de desatinos viejos.

Pero pongamos fin á esta digresion, ya sobrado larga, y entremos en el exámen de algunas consecuencias que resultan de esta

hipótesis darwiniana, que viene á colmar los deseos del racionalismo presentando el origen del hombre en el desenvolvimiento de otras especies inferiores, las cuales, desde las escalas más ínfimas de la vida, se han elevado por evolucion á los organismos superiores. Muy característico de la edad contemporánea es este furor, que está produciendo en las escuelas una simple hipótesis de las ciencias naturales, con la cual los naturalistas han invadido todos los ramos del saber. Y por la desmedida importancia que han venido á alcanzar, gracias al estado moral de nuestra sociedad, los principios formulados por Darwin, como doctrina general primero en su obra sobre el *Origen de las especies*, y aplicados despues por él mismo de una manera concreta á la especie humana en sus dos tomos sobre *La descendencia del hombre*, se han hecho ahora dignos de especial exámen. Puesto que éste es el sistema que en la actualidad personifica mejor al naturalismo moderno, diremos dos palabras sobre él, sin temor de que pueda el tema parecer impropio de la índole de estos ensayos; pues como lo habrá notado ya el lector por las líneas que preceden, estamos aquí tratando de filosofía por uno de los procedimientos á la moderna; y es hoy regla sentada que, al hablar de filosofía, debe tratarse de todas las cosas y de algunas más.

EL DARWINISMO Y LA FILOLOGÍA

ECLARAMOS desde luego que no nos proponemos hacer en este lugar ninguna crítica de las teorías del distinguido naturalista en el terreno propio de su ciencia. Unicamente hemos de permitirnos algunas ligeras observaciones sobre las afirmaciones sentadas por Darwin como axiomas primeros de su doctrina en lo relativo á las facultades mentales del hombre, al sentido moral, á la formacion del lenguaje, á la creencia de Dios y á la sociabilidad humana, extremos sobre los cuales el distin-

¹ Darwin, *La descendencia de l'homme*, t. II, c. III.

guido naturalista ha dicho y escrito con toda naturalidad muchos indiscretos embolismos, aceptados luego por sus discípulos como verdades dogmáticas. Es de admirar en Darwin la sagacidad del observador y el superior talento de agrupar los hechos para presentarlos como comprobación de una teoría sentada *a priori*; pero por grande que sea el aparato científico de la doctrina darwiniana, no es en el día más que una de tantas hipótesis de que la ignorancia de la ciencia tiene que valerse para resolver problemas cuya solución real ignora; hipótesis brillante y todo lo que se quiera, pero pura hipótesis al fin y al cabo. Dejemos, pues, á las ciencias naturales que resuelvan en familia las contradicciones que en su propio terreno les ha traído la hipótesis darwinista, y vean si las especies son inmutables é independientes unas de otras, ó bien trasformables por un vínculo secreto que las une, y que con el transcurso del tiempo, de los tipos primitivos, va sacando inagotable variedad de especies nuevas. La cuestión que aquí nos hemos de proponer en primer término es la siguiente: ¿La hipótesis de Darwin ha venido á destruir la necesidad de un Dios creador del hombre, como se esfuerzan en demostrarlo no pocos de los que se dicen de su escuela?

Desde el momento en que se reconoce que el hombre no ha existido siempre, y para explicar su origen no se admite la absurda especie de que ha venido á la tierra producido por una fuerza creatriz y orgánica inherente á la materia, sea cual sea la hipótesis que se formule, la existencia de un Dios creador será siempre el dogma capital y necesario del origen de nuestra especie. La misma hipótesis de la transformación progresiva de las especies, aún demostrada con certeza y comprobada como ley de la creación, de lo cual se halla todavía muy distante, tropezaría en sus principios fundamentales con la necesidad del mismo dogma de un Dios creador. ¿De dónde habrían nacido estos tipos primitivos, cuyas transformaciones sucesivas produjeron las formas tan ricas y variadas de las especies que viven hoy? Esa ley, que eternamente está amasando los elementos de la materia para formar los tipos de la vida; esa ley, que con tanta uniformidad preside constantemente á los cambios y transformaciones de los seres, ¿es acaso la consecuencia de una serie de casualidades y fatalidades ciegas, ó bien la expresión de un pensamiento divino? Tan necesario es Dios

para crear el mono ó el tipo primitivo del mono, como para crear al hombre mismo; y digo más: una vez creado el mono, tan necesario es Dios para producir la transformación del mono en hombre, como para crear directamente al hombre sin recurrir á transformación alguna de las especies existentes.

El mismo Darwin lo ha reconocido así al terminar con esta frase su obra sobre el *Origen de las especies*: «¿No hay acaso verdadera grandeza en esta concepción de que la vida infundida primero por el Creador en reducido número de formas, tal vez en una sola, se desenvolvió en variedad infinita de formas admirables, que, partiendo todas del principio más sencillo, no han dejado de desarrollarse y continúan desenvolviéndose, mientras el planeta, obediendo á la ley inalterable de la gravitación, rodaba en su órbita?»

Ciertamente que si el darwinismo se limitara á esta conclusión sus teorías ni hubieran sido doctrina de impiedad ni arma destructora. Provenga el cuerpo humano del desenvolvimiento de invertebrados ó vertebrados anteriores, ó haya sido creado de otra manera diversa, siempre será, como dice el Génesis, cuerpo formado del lodo de la tierra. Pero ese cuerpo, que es lodo, ceniza, nada, si forma parte de la naturaleza humana, no es lo que constituye al hombre, ni tampoco la parte más noble de nuestra persona: no es más que un organismo material y deléznable que sirve á una alma espiritual llamada á destinos inmortales. Poco importa, pues, que lo que en el hombre es lodo se haya formado por desenvolvimiento gradual de formas imperfectas á otras más perfectas, y tenga por punto de partida la hoy profanamente llamada Eva celular, si el alma, que es en el hombre la parte esencial, se estima como creación independiente de la materia. Nada habría en esto de contradictorio al texto sagrado, que dice: «Formó el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é infundió en su rostro el soplo de la vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional». Más de una vez recuerda el Génesis á la humanidad que el hombre es polvo y ha de volver al polvo; y sin impugnar ningún texto de la narración bíblica podría muy bien el darwinista decir con Job á la podredumbre: «Tú eres mi padre; y á los gusanos: Vosotros sois

1 DARWIN, *Origen de las especies*. Resumen y conclusion.

2 GÉNESIS, c. II, v. 7.

mi madre, y mi hermana»¹. Pero proclame al mismo tiempo que somos en la creacion imagen y semejanza de Dios; que nuestra alma, verdadero destello de la divinidad, no ha sido una produccion natural y necesaria del desarrollo de las formas vivientes, sino que procede inmediatamente del Hacedor.

Encerrada en estos límites, la hipótesis darwiniana podría pasar por uno de tantos comentarios, descabellados ó juiciosos, que se han hecho sobre aquellos versículos del Génesis que describen el desarrollo progresivo del reino animal, así como las generaciones sucesivas del cielo y de la tierra. Pero otras muy distintas son las conclusiones que aspira á sentar la escuela darwinista. Claramente lo proclama ella misma: «En cada especie animal ó vegetal halla, no el pensamiento materializado de un creador personal, pero sí la expresion transitoria de una fase de la evolucion mecánica de la materia, la expresion de una causa necesariamente eficiente, de una causa mecánica (*causa efficiens*). Cuando el dualismo teológico busca solamente en las maravillas de la naturaleza las ideas arbitrarias de un creador caprichoso, el monismo ó el unitismo, considerando las verdaderas causas, halla solamente en las fases de la evolucion los efectos necesarios de las leyes naturales, fatales y eternas»². Y el mismo Haeckel termina su libro sobre *la Creacion natural* anunciando que la teoría de la evolucion ha de acabar con todos los dogmas y misterios religiosos; que en adelante «la nocion de su verdadero origen y del puesto que ocupa en la naturaleza arrastrará á la humanidad por la vía del progreso moral y científico. La simple religion natural, fundada en un conocimiento perfecto de la naturaleza y de su inagotable tesoro de revelaciones, imprimirá en lo venidero á la evolucion humana un sello de nobleza, que los dogmas religiosos de los diversos pueblos eran incapaces de prestarle, porque descansan estos dogmas sobre una fé ciega y oscuros misterios y revelaciones mitológicas formuladas por castas sacerdotales. Nuestra época, que habrá tenido la gloria de fundar científicamente el más brillante resultado de la sabiduría humana, la doctrina genealógica, será glorificada por los siglos venideros como una era nueva y fecunda en el progreso humano, caracterizada por el triunfo de la libre investiga-

¹ Job, c. XVII, v. 14.

² HAECKEL, *Historia de la creacion natural*, lecc. II.

cion alcanzada sobre la investigacion autoritaria por la noble y poderosa influencia de la filosofia monística.

Quando se lanza tan grave condenacion contra todos los siglos que fueron, y á nombre de una doctrina se pronostica el acabamiento de todos los dogmas y religiones, preciso es que semejante doctrina se funde en conclusiones tales y tan evidentes que hagan irresistible el convencimiento de todos los humanos. Veamos, pues, cuáles son estas conclusiones fundamentales de la doctrina evolutiva sobre las cuales Haeckel levanta la filosofia monística, es decir, la religion y la ciencia futura.

Las conclusiones fundamentales que sienta el darwinismo en punto á la ascendencia del hombre, y su perfeccionamiento moral y social, son las siguientes:

1.ª Que el hombre desciende de un mamífero velludo, provisto de rabo y orejas puntiagudas, viviendo probablemente sobre las ramas de los árboles, y originario del antiguo continente¹.

2.ª Que por igual grado de evolucion han ido desenvolviéndose y perfeccionándose las facultades mentales y morales del hombre. Que heredero por seleccion sexual de los instintos sociales que se descubren en los demás animales inferiores, el más perfecto de los vertebrados no ha hecho sino aplicar á estos instintos la mayor fuerza de sus facultades mentales, y conseguido así formar una conciencia moral de sus actos, inventar un lenguaje rudimentario, y llegar, en fin, paso á paso y de evolucion en evolucion, á la civilizacion y cultura actual.

3.ª Que la fuerza instintiva é irresistible que ha arrastrado y arrastra á todos los seres vivientes de la creacion á este progreso indefinido de la evolucion, no es otra que la ley de la seleccion sexual y la destruccion de las individualidades inferiores por las individualidades superiores en la gran lucha por la existencia.

Indudable, por lo ménos, que son conclusiones singularmente extrañas. Parece, pues, natural que, antes de admitir como ciertas afirmaciones tan raras, se exijan pruebas y demostraciones de indole tal que no nos pueda caber la menor duda de que ese velludo cuadrumano de cara horizontal, orejas puntiagudas, prolongado cóxis, ronco é inarticulado aullido, habitualmente empingorotado

¹ DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. II. Resumen y conclusiones.